

# CRÓNICA DE UN DÍA DE LLUVIA

*Una mañana con Antonio Colinas*

Jaume Leal Esteve

Como él mismo escribía en el cuaderno de visitas del CeMaB (Centro de Estudios Literarios Iberoamericanos Mario Benedetti) de la Universidad de Alicante, el poeta Antonio Colinas llegó “con la lluvia de primavera, pero también con la Poesía, que acompaña desde siempre a los seres humanos, la Poesía que somos y seremos”. Con un diluvio primaveral —o más bien pese a él— daba comienzo el cuatro de mayo de 2022 el diálogo entre el poeta leonés Antonio Colinas y el catedrático de Literatura Española Ángel Luis Prieto de Paula; una actividad que presentó el catedrático emérito José Carlos Rovira, y que se englobaba en el marco de las jornadas culturales del Grado en Español: Lengua y Literaturas.

El acto comenzó alrededor de las doce, con algo de retraso a causa de la lluvia torrencial. Esta, sin embargo, quedó enseguida relegada a un segundo plano, sirviendo únicamente como telón de fondo para que Colinas, premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana —entre una larga lista de honores y reconocimientos—, nos hablase de su poesía, su obra, sus raíces y sus referencias, así como de su labor como traductor.

El profesor Rovira aludió a la trayectoria de Antonio Colinas desde su primera obra, *Poemas de la tierra y la sangre* (1969), hasta la reciente *En los prados sembrados de ojos* (2020), haciendo hincapié en el ineludible *Sepulcro en Tarquinia*. De este, punto de inflexión dentro de su corpus poético, rescataba unos versos pertenecientes al poema “Simonetta Vespucci”, que encabeza su primera parte: “Simonetta, / por tu delicadeza / la tarde se hace lágrima, / funeral oración, / música detenida”.



<https://www.antonicolinas.com/galer%C3%ADa.html> >).

Obra poética completa (2016),  
de Antonio Colinas.

Esa misma delicadeza, imprescindible para la creación, es la que posee Colinas; un gusto más allá de lo estético que echa la vista a lo clásico y a lo renacentista, revelando un culturalismo que comparte con los “novísimos”. Sin embargo, como bien defiende, dicho culturalismo debe ir referido siempre a la vida: a la naturaleza y también a lo humano (que no deja de ser, al fin y al cabo, parte del todo). Esa tarde hecha lágrima, lluvia, es un buen ejemplo del sentimiento catalizado a través del mundo; un sentir convertido en poesía, con peso y solemnidad casi elegíaca, y también estrechamente ligada a la música. Y aquí no solo hablamos de referencias y referentes, sino de esa música latente de la palabra; una “palabra nueva”, como Colinas sostiene, que nos permite redescubrir la realidad.

De una suerte de redescubrimiento se habló a propósito de la obra de Antonio Colinas, leída retrospectivamente a partir de la resonancia alcanzada con el ya mencionado *Sepulcro en Tarquinia*, un libro clave en las poéticas del 68, que destaca por su sensibilidad y su estética. Esa mirada al pasado permitió la rememoración de *Junto al lago*, libro de juventud y largo tiempo inédito que Colinas, lejos de avergonzarse de él, publicó en 2001 y, en 2004, situó a la cabeza de su poesía completa —*El río de sombra*—, pues en aquellas composiciones juveniles se plasmaba ya su esencia creadora.

Ante la pregunta “¿Cómo te hiciste poeta?”, el leonés hacía primero un apunte: la poesía —y por extensión, quizás, cualquier disciplina— está constituida por don y formación, genialidad y técnica; esos *ars et ingenium* horacianos que se complementan retroactivamente. Lo innato, por tanto, no basta; se necesitan referentes, entre los que Colinas citaba a Antonio Machado, Pablo Neruda y, especialmente, Juan Ramón Jiménez. La *Segunda antología poética* de este último, que le había marcado profundamente, era tal vez el libro que lo había hecho poeta.

Pero a esa base cultural hay que añadirle las raíces vitales, sus vivencias, muy presentes en su obra y que él universaliza y expande más allá de lo anecdótico. Se trata de un vínculo con lo esencial, con lo identitario. Y es que, según Colinas, “es muy importante que el poeta sea fiel a su voz”, incluso cuando esto supone ir a contracorriente. A ello puede deberse el que, así como José María Castellet excluyó a Juan Ramón Jiménez de su canónica antología *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, hiciera lo mismo con Colinas en la no menos canónica *Nueve novísimos poetas españoles* (1970), según el crítico catalán porque era “demasiado clásico”.

Con esta promoción de poetas (a la que dijo adscribirse, aunque con reservas) coincide en la necesidad de una nueva sensibilidad, ligada a una apertura del lenguaje, más osado y libre. También le une a ellos la fidelidad a la cultura, pero siempre —matizó— en relación con la vida. Difiere de los “novísimos”, sin embargo, en el tono, en tanto que abraza el sentimiento, y es que “el poema debe emocionar”, como él mismo comentaba, aunque sin olvidar la pureza formal: algo que, según Prieto de Paula, logra con su poesía, que nos conmociona y nos renueva interiormente.

Incluido, por otra parte, en *Nueva poesía española* (1970), antología de Enrique Martín Pardo coetánea de la de Castellet, aunque de aparición algo posterior, Colinas señalaba otro punto distintivo respecto a los “novísimos”: él es el único “machadiano” de

entre aquellos nombres. Pero no se refiere al Antonio Machado de lenguaje algo austero e incluso tosco de *Campos de Castilla*, sino al Machado alegórico, simbolista y misterioso, al Machado de lo desconocido.

Antonio Colinas se considera un poeta metafísico. En unos tiempos desacralizados y deshumanizados, su poesía explora lo esencial, lo que va más allá de la superficie. Sin ocultar el mensaje tras ornamentos, pero presentándolo en toda su complejidad y misticismo, Colinas extrapola la realidad inmediata hasta lo trascendente. Su “Canto XXXV”, perteneciente a *Noche más allá de la noche* —obra que, en ocasiones, considera su favorita—, supone un antes y un después en su poesía, y presenta un momento de plenitud catártica que podemos relacionar con ese misticismo; en definitiva, con el descubrimiento de una verdad oculta y antigua. “Me he sentado en el centro del bosque a respirar”, recitaba, recorriendo a partir de ahí los alejandrinos del poema —todo el libro está compuesto en este tipo de verso—, y nos llevaba con él a un paisaje inspirado y revelador.



Antonio Colinas, por Daniel Mordzinski. Fuente: galería de la web oficial de Antonio Colinas, <<https://www.antonicolinas.com/galer%C3%ADa.html>>.

Durante la ronda abierta de preguntas habló de Raúl Zurita, poeta que también había participado en un diálogo similar un tiempo atrás, y del que Colinas destacaba su lenguaje distintivo, el “fulgor de la palabra”, así como lo significativo de su origen chileno. Se le preguntó también por Juan Gil-Albert, de quien señaló su espíritu mediterráneo; un poeta que calificó como claro y luminoso, con una obra cargada de pensamiento.

A propósito de su labor traductológica, y de la importancia inapelable de las palabras, Colinas habló luego de la diferencia entre traducir prosa y poesía. Más allá, junto al ejercicio crítico, de su papel como sustento económico, el poeta concibe la traducción como un reto literario: no siempre se puede traducir literalmente, sino que debe guardarse el espíritu del texto, su esencia. Esto, afirmó, implica una sensibilidad especial,

que resulta más evidente en la poesía. Ya sea por obligación o por placer, inquietud o mero gusto —el que lo movió a traducir la poesía completa de Salvatore Quasimodo, por la que recibió en Italia el Premio Nacional de Traducción en 2005—, Colinas aborda siempre este ejercicio con respeto y conocimiento, poniendo su sensibilidad poética al servicio del mundo del autor, lo que propicia la universalización y la democratización cultural que supone la traducción de una obra.

Hablaba Colinas, por último, de la función de la poesía, un “para qué” que él desestimaba en cierto modo y sustituía por un “por qué”, alegando que la poesía es algo consustancial al ser humano, y que nos ha acompañado desde nuestros orígenes. Y es que, según él, la poesía todavía tiene un papel capital en nuestro tiempo, empapando y transformando nuestras vidas; en este sentido, se trata de algo necesario, que llega allí donde el lenguaje convencional no alcanza.

El acto terminaba con el poeta recitando, esta vez completos, los versos a los que Rovira se había referido en su presentación. Nos brindaba así su “Simonetta Vespucci”, mientras la lluvia remitía tras las ventanas. Si Botticelli, como expone el poema, había sacado el mar de los ojos verdes de la muchacha, Antonio Colinas extraía de sus palabras la esencia del mundo, nuevo ahora ante nosotros.